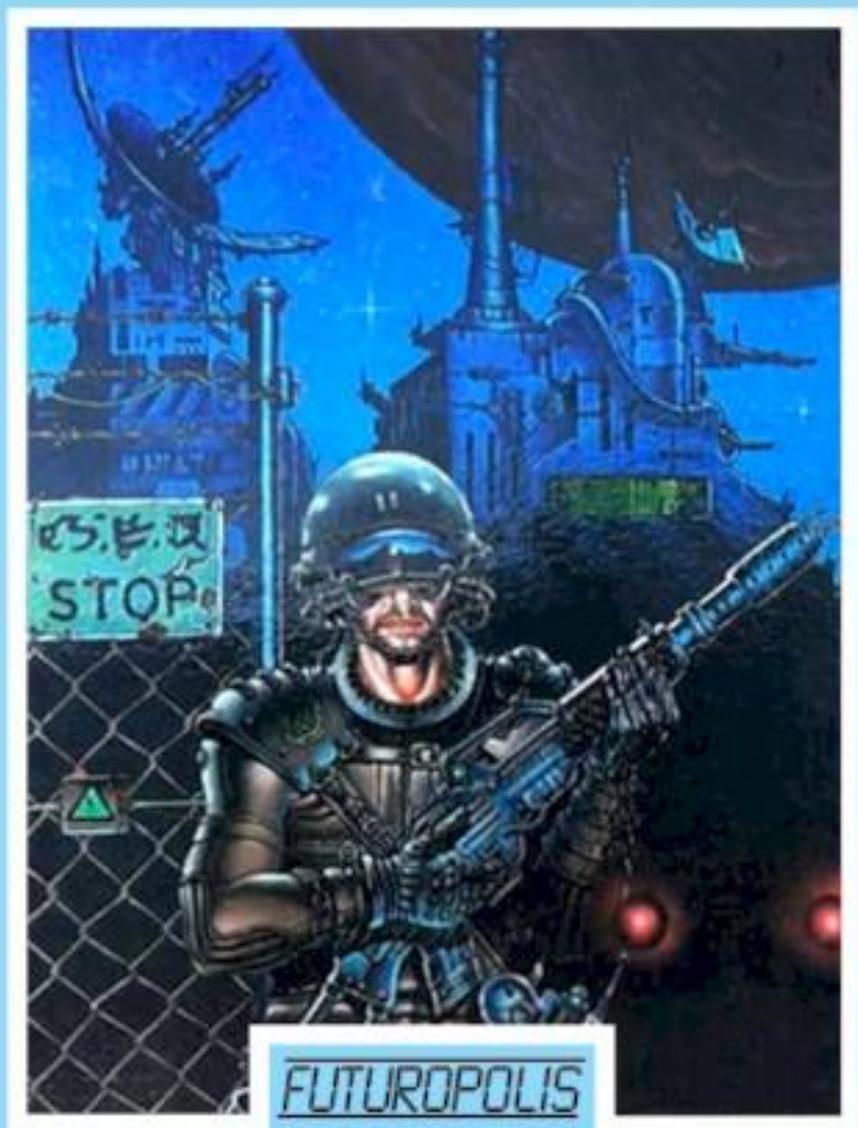


Gordon R. Dickson

EL ESPIRITU DE LOS DORSAI

Cielo Dorsai V



En su mente había demasiadas cuestiones que no podía explicar, cosas que aún no le había admitido ni siquiera a ella. Por ejemplo, la cuestión de su visita a Foralie, y aquél momento en particular en el que pudo atravesar la puerta, que algunos de los más grandes Graeme, como los hermanos Ian y Kensie, los tíos gemelos de Donal Graeme, ordenaran cegar desde el alféizar hasta el dintel y de lado a lado. Tal como ocurriera con ellos, los descalzos pies de Hal se posaron en el alféizar y la parte superior de su cabeza rozó el dintel. Mas, a diferencia de ellos, sus hombros no tocaron los marcos del costado. Quizá, una vez que recobrar su salud y con algunos años más de crecimiento por delante, tal cosa también pudiera ocurrir. No importaba. Lo que sí importaba era el repentino e intenso sentimiento de unión con los Graeme.

Colección Futurópolis

En 1987 una pequeña librería madrileña se lanza al mundo editorial inaugurando una colección de fantasía y ciencia ficción. Con un formato de 195×130 mm, encuadernación en rústica, y un diseño general en el que en un color de tapa en azul-morado, se inserta una ilustración referida a la novela. La que inaugura la colección es *Almuric* de Robert E. Howard, el creador de Conan el bárbaro, con una portada de Frank Frazzetta.

Desde el año 1987, y durante 8 años hasta 1995, la colección Futurópolis publicó un número total de 40 títulos encuadrados en los géneros de la ciencia ficción y el fantástico más general. Ese primer año son sólo tres títulos los que se publican, pero a partir de 1988 ya se editan 7 libros y en el siguiente año 10. La cadencia de salida es variable y no siempre se mantiene en torno a la media docena de volúmenes al año. La colección fue dirigida en un primer momento por Francisco Arellano, que actuó también de traductor en muchos de los títulos.

Futurópolis cuenta entre sus autores a plumas tan conocidas como las Roger Zelazny, Michael Moorcock, Gordon R. Dickson, Philip J. Farmer, Jack Vance o Poul Anderson. En muchas ocasiones se publican sagas como la de Dorsai de Dickson o la serie de Ambar de Zelazny que entre las dos suman la cantidad de once títulos. Títulos más que interesantes se publican en estos años: *Los clanes de la Luna Alfana* de Philip K. Dick, *Por el tiempo* de Robert Silverberg o *La gran cruzada* de Poul Anderson, son una muestra de los contenidos publicados. En el año 91, y hasta el final, se

editan casi exclusivamente a autores españoles. Aquí debutaría, por ejemplo, Rodolfo Martínez con su libro de ámbito cyberpunk *La sonrisa del gato*. Estos autores son los que en esos años están en plena actividad creadora: Rafael Marín, que publica cuatro títulos, Ángel Torres Quesada que vé su continuación de *las Islas del infierno* con *Whiarga*, Elia Barceló con la controvertida *Consecuencias naturales*, Saiz Cidoncha y su space opera *Memorias de un merodeador estelar*, Gabriel Bermúdez también publicará dos títulos y finalizará la colección en el número 40 Juan Carlos Planells con su primera novela *El enfrentamiento*, una ucronía de excelente factura.

Títulos que forman la colección:

1. *Almuric (Almuric)* de Robert E. Howard (1939).
2. *Criaturas de luz y tinieblas (Creatures of Light and Darkness)* de Roger Zelazny (1969).
3. *El perro de la guerra y el dolor del mundo (The War Hound and the World's Pain)* de Michael Moorcock (1981).
4. *Los nueve príncipes de Ámbar (Nine Princes in Amber)* de Roger Zelazny (1970).
5. *Las armas de Avalón (The Guns of Avalon)* de Roger Zelazny (1972).
6. *Emphyrio (Emphyrio)* de Jack Vance (1969).
7. *El signo del Unicornio (Sign of the Unicorn)* de Roger Zelazny (1975).
8. *El caballero de espadas (The Knight of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
9. *La reina de las espadas (The Queen of Swords)* de Michael Moorcock (1971).
10. *El rey de espadas (The King of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
11. *La mano de Oberon (The Hand of Oberon)* de Roger Zelazny (1976).

12. *Las cortes del Caos (The Courts of Chaos)* de Roger Zelazny (1978).
13. *Dorsai (Dorsai!)* de Gordon R. Dickson (1959).
14. *Soldado no preguntes (Soldier, Ask Not)* de Gordon R. Dickson (1967).
15. *Nigromante (Necromancer)* de Gordon R. Dickson (1962).
16. *Las ballenas volantes de Ismael (The Wind Whales of Ishmael)* de Philip José Farmer (1971).
17. *La estrategia del error (The Tactics of Mistake)* de Gordon R. Dickson (1970).
18. *La estrella escarlata (The Ginger Star)* de Leigh Brackett (1974).
19. *Los perros de Skaith (The Hounds of Skaith)* de Leigh Brackett (1974).
20. *Piratas de Skaith (The Reavers of Skaith)* de Leigh Brackett (1973).
21. *Las máscaras de los illuminati (Masks of the Illuminati)* de Robert Anton Wilson (1981).
22. *Pesadillas y Geezenstacks (Nightmares and Geezenstacks)* de Fredric Brown (1961).
23. *Por el tiempo (Up the Line)* de Robert Silverberg (1969).
24. *El espíritu de los dorsai (The Spirit of Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1979).
25. *Los clanes de la Luna Alfana (Clans of the Alphan Moon)* de Philip K. Dick (1964).
26. *El dorsai perdido (Lost Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1980).
27. *La gran cruzada (The Great Crusade)* de Poul Anderson (1960).
- 28.
29. *Eterno oscuro (Eterno oscuro)* de Miguel Ángel Lladó (1991).
30. *El síndico (The Syndic)* de C. M. Kornbluth (1993).
31. *Crisei (Crisei)* de Rafael Marín Trechera (1992).

32. *Arce (Arce)* de Rafael Marín Trechera (1992.)
33. *Génave (Génave)* de Rafael Marín Trechera (1992).
34. *Salud mortal (Salud mortal)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1993).
35. *Wyharga (Wyharga)* de Ángel Torres Quesada (1993).
36. *Instantes estelares (Instantes estelares)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1994).
37. *Consecuencias naturales (Consecuencias naturales)* de Elia Barceló (1994).
38. *Memorias de un merodeador estelar (Memorias de un merodeador estelar)* de Carlos Saiz Cidoncha (1995).
39. *La sonrisa del gato (La sonrisa del gato)* de Rodolfo Martínez (1995).
40. *El enfrentamiento (El enfrentamiento)* de Juan Carlos Planells (1996).

Prólogo

Era alta, delgada y tan rubia, que su cabello parecía blanco. Su cuerpo irradiaba tal altivez que ningún hombre hubiera podido poseerlo sin sentir su rígida presión. Mientras permanecía sentada con las piernas cruzadas, la mirada dirigida hacia abajo, al valle del planeta Dorsai en el que se encontraba Fal Morgan y las casas que la rodeaban, su rostro poseía la cualidad de un perfil grabado en una moneda de plata.

—Amanda... —dijo Hal Mayne con voz suave.

Perdida en sus pensamientos, ella no le oyó; y el momento parecía tan próximo a la perfección que él sintió dudas sobre si debía perturbarlo. Esa parte de su interior propia de un poeta, que había sobrevivido a los meses en que fuera un guerrillero acosado en Armonía e incluso a la enfermedad y a las brutalidades de la prisión antes de escapar, se agitó de nuevo al contemplarla. Aquí, en el techo de un mundo de guerreros, bajo un cielo limpio y claro, en una época donde la especie humana se hallaba sometándose por doquier a las cadenas de una nueva esclavitud, ella portaba una armadura de luz, inconquistable. A su lado, en aquel cuerpo más pequeño, de anchos hombros pero flaco debido a las privaciones y al sufrimiento, se sentía como una especie de pájaro oscuro cuyos huesos y carne estuvieran anclados a la tierra, inclinado justo encima de una entidad de puro espíritu.

Mientras esperaba, los ojos de ella perdieron su abstracción. Como si hubieran permanecido separados por una distancia tan enorme que su voz, pronunciando su nombre,

hubiera tenido que proyectarse a través del tiempo y el espacio para llegarle ahora, ella, por fin, se giró hacia él.

—¿Has dicho algo? —preguntó.

—Iba a comentar cuánto te pareces a la fotografía de ella..., la primera Amanda Morgan —afirmó—. Bien podría tratarse de una fotografía tuya.

Ella sonrió brevemente.

—Sí —corroboró—, soy la tercera Amanda que lleva ese nombre y me asemejo mucho a la primera. Suele ocurrir.

—Aún así resulta extraño, que sólo tres de vuestra familia hayáis llevado ese nombre durante más de doscientos años —dijo él—. ¿Cuándo fue tomada esa fotografía tenía ella la misma edad que tú ahora? —inquirió.

—No —sacudió la cabeza—. No la tenía.

—¿De verdad?

—Sí. El cuadro que viste en nuestro corredor fue realizado cuando ella era mucho mayor que yo en este momento.

Él frunció el ceño.

—Es verdad —insistió ella—. Nosotros los Morgan envejecemos muy lentamente... y ella era especial.

—No tan especial como tú —comentó él—. No pudo serlo. Tú eres una Dorsai..., el resultado final de los Dorsai. Vivió antes de que hubiera gente parecida a lo que tú eres ahora.

—Eso no es cierto —negó la tercera Amanda—. Ella fue una Dorsai antes de que existiera un planeta de Dorsais. Lo que ella fue, es el material del que nuestra gente y nuestra cultura surgieron.

Él agitó la cabeza despacio.

—¿Cómo puedes estar tan segura de lo que fue ella... hace doscientos años estándar?

—¿Que cómo puedo? —Ella le miró durante unos segundos—. De alguna forma, yo soy ella.

Él también la miró.

—¿Una reencarnación? —preguntó.

—No —respondió ella—. No exactamente. Sin embargo, siento algo más..., como si el tiempo tuviera poca importancia. Como si todo fuera lo mismo; ella, allí en el comienzo de nuestro planeta, y yo aquí, al...

—Final de él —sugirió, interrumpiéndola.

—No —le miró de nuevo fijamente con sus ojos grises—. El fin no ocurrirá hasta que muera el último de los Dorsai. De hecho, ni siquiera entonces. El fin se producirá cuando desaparezca el último humano..., ya que lo que permite que nosotros seamos Dorsais es algo que pertenece a todos los humanos; esa cualidad que poseía la primera Amanda cuando nació, allá en la Tierra.

Algo —quizá la sombra de un ave en vuelo—, ocultó la luz del sol reflejada en sus ojos durante una fracción de segundo.

—La tienes en alta estima —comentó pensativo—. No obstante, es en Cletus Grahame y sus libros de texto sobre el arte militar, que escribió hace doscientos años..., es en Donal Grahame y el modo en que unió a todos los planetas habitados hace cien años..., en lo que piensan los demás mundos cuando emplean la palabra «Dorsai».

—Hemos tenido a los Graeme como vecinos desde la época de Cletus —replicó ella—. Lo que se piense de ellos, es merecido, sin duda. Mas la primera Amanda se estableció aquí antes que cualquiera de ellos. Limpió las montañas de bandidos antes de que Cletus llegara; y con noventa y tres años, defendió el distrito Foralie contra las veteranas tropas de Dow deCastries cuando nos invadieron, en la creencia de que no tendrían ninguna oposición por parte de los niños, las mujeres, los enfermos y los ancianos, que eran los únicos que permanecían aquí por entonces.

—¿Quieres decir —intervino Hal— que Dow deCastries intentó apoderarse del planeta Dorsai tras el final de los combates que Cletus mantuvo con él?

—Con todo el potencial de la Tierra a su espalda, en una época en la que se pensaba que la Tierra era más po-

derosa que todos los demás planetas unidos.

—Sin embargo, ¿no fue Cletus el que suministró las directrices para la defensa de Dorsai entonces?

—Cletus no se hallaba presente. Dejó a dos de sus oficiales, Arvid Johnson y Bill Athyer, para que coordinaran la defensa y proporcionaran a los distritos una visión general de las situaciones estratégicas y tácticas necesarias. No obstante, su trabajo consistió en plantear el esquema militar de la situación, utilizando como guía las teorías y principios de Cletus. Una vez hecho esto, dependía de cada distrito desarrollar su propio plan para enfrentarse a los invasores. Eso es lo que hizo Foralie..., con la certeza de que sufriría el fuego enemigo mucho más que cualquier otro distrito, ya que Foralie albergaba la mansión, y se esperaba que Cletus retornara tan pronto como supiera que Dorsai había sido invadido.

—Entonces, ¿fue la primera Amanda la que recibió el encargo de defender el distrito de Foralie por parte de su gente? —preguntó él—. ¿Por qué ella? No era un soldado.

—Ya te lo dije —replicó—. Durante los Años Sin Ley, ella fue la que condujo la operación de limpieza contra los mercenarios forajidos. Una vez que lo hubo hecho —además de conseguir otros objetivos—, y sólo con las mujeres, los lisiados, los ancianos y los niños como única ayuda, el resto de los distritos siguieron su ejemplo y la ley se estableció en todo el planeta Dorsai. Era la persona más preparada para el mando.

—¿Cómo lo hicieron?

—¿Acabar con los bandidos? —inquirió la tercera Amanda.

—No..., aunque también me gustaría escuchar esa historia alguna vez. Lo que quiero preguntar es ¿cómo Amanda y el distrito de Foralie consiguieron derrotar a tropas de primera clase? La mayoría de los especialistas militares parecen creer que los invasores se derrotaron a sí mismos; ya

que no había forma de que un puñado de mujeres, niños y ancianos pudiera hacerlo.

—En cierta manera, se puede decir que las tropas se vencieron a sí mismas... ¿no has leído *La Estrategia del Error*, de Cletus? —respondió—. Sin embargo, lo que ocurrió fue producto únicamente de la unificación de nuestras fuerzas contra las debilidades del invasor.

—¿Debilidades? ¿Qué debilidades pueden encontrarse en tropas de primera clase?

Ella le miró de nuevo con esos ojos impasibles.

—No estaban dispuestos a morir a menos que no les quedara otra salida.

—¿Eso? —Hal la miró con curiosidad—. ¿Y eso es una debilidad?

—Comparativamente. Porque nosotros sí que estábamos dispuestos a hacerlo.

—¿A morir? —La estudió—. ¿No combatientes? ¿Viejos, madres...?

—Y niños. Sí. —La armadura de luz que la rodeaba pareció proporcionar a sus palabras una cualidad de certeza más grande que la que él hubiera escuchado en ninguna otra persona—. El planeta Dorsai se formó con gente que estaba dispuesta a pagar con su vida en las luchas de otros mundos con el fin de comprar la libertad para sus propios hogares. No sólo los hombres que partían a la batalla, sino también aquella gente que permanecía en casa y defendía la misma imagen de libertad, por cuyo mantenimiento vivirían y morirían.

—Sin embargo, por el simple hecho de estar dispuesto a morir...

—Como no has nacido aquí, no lo comprendes —le comentó—. Fue una cuestión de ser capaces de realizar elecciones más duras de lo que la gente menos dispuesta aceptaría. Amanda y las personas del distrito más cualificadas se sentaron y analizaron un determinado número de planes... Todos acarrearían bajas... y estas bajas podrían incluir a la

propia gente que analizaba los planes de acción. Eligieron el que le confería al distrito la mayor efectividad contra el enemigo con la menor cantidad de muertos; y, una vez que lo eligieron, todos estuvieron dispuestos a encuadrarse en el grupo de los que habrían de morir en caso de que fuera necesario. Los soldados invasores no poseían nada semejante a ese plan..., ni tampoco ese valor.

Él sacudió la cabeza.

—No lo entiendo —pronunció.

—Es porque no eres un Dorsai. Por ello jamás comprenderás a alguien como la primera Amanda.

—No —corroboró—. Es verdad. No la entiendo.

La miró.

—¿Cómo sucedió? —preguntó—. ¿Cómo actuó ella..., cómo actuaron todos? Tengo que saberlo.

—¿De verdad? —Su mirada estaba fija en él.

—Sí —contestó.

En su mente había demasiadas cuestiones que no podía, explicar, cosas que aún no le había admitido ni siquiera a ella. Por ejemplo, la cuestión de su visita a Foralie, y aquel momento en particular en el que pudo atravesar la puerta, que algunos de los más grandes Graeme, como los hermanos Ian y Kensie, los tíos gemelos de Donal Graeme, ordenaran cegar desde el alféizar hasta el dintel y de lado a lado. Tal como ocurriera con ellos, los descalzos pies de Hal se posaron en el alféizar y la parte superior de su cabeza rozó el dintel. Mas, a diferencia de ellos, sus hombros no tocaron los marcos del costado. Quizá, una vez que recobrar su salud y con algunos años más de crecimiento por delante, tal cosa también pudiera ocurrir. No importaba. Lo que sí importaba —algo de lo que él todavía no estaba capacitado para hablar— era el repentino e intenso sentimiento de unión con los Graeme, inesperado como un golpe, que había surgido en su interior sin previo aviso mientras permanecía en el umbral de la puerta.

—Necesito saberlo —repitió.

—De acuerdo —aceptó ella—. Te contaré cómo fue.

Amanda Morgan

*DE PIEDRA SON MIS PAREDES, MI TECHO ES DE MADERA;
PERO LAS MANOS DE MI CONSTRUCTOR SON MUCHO MÁS
FUERTES.
EL TECHO PODRÁ SER QUEMADO Y MIS PIEDRAS DISPER-
SAS,
PERO NUNCA SU LUZ SERÁ DERROTADA EN LA GUERRA...
CANCIÓN DE LA CASA LLAMADA FAL MORGAN*

Amanda Morgan se despertó súbitamente en la oscuridad, y su dedo se posó de forma automática en el disparador de su pesada arma de energía. Había oído —o soñó que había oído— el llanto de un niño. Despertándose por completo, recordó a Betta en la otra habitación y se enfrentó a la imposibilidad de que su bisnieta hubiera dado a luz sin llamarla. Pero seguro que aquello también formaba parte de su sueño.

Sin embargo, y durante unos pocos segundos más, yació sintiendo la presencia fantasmal de viejos enemigos todavía cerca de ella y de la durmiente casa. El llanto se le había mezclado con un sueño: en él revivió el antiguo y vertiginoso descenso en deslizador, empuñando la pistola, sobre el primero de los campamentos de forajidos. Ocurrió cuando Dorsai aún era reciente; y los campamentos, allá en las montañas, servían como bases para los mercenarios sin trabajo. Finalmente ella condujo a las mujeres del distrito de Foralie contra esos hombres que habían asolado sus hogares durante tanto tiempo, aprovechando los intervalos en

los cuales los soldados profesionales de sus propias casas se hallaban lejos luchando en otros mundos.

Lo último que hubieran esperado los forajidos de un grupo de mujeres era un asalto frontal a pleno día. Por lo tanto, eso fue lo que planeó. En su sueño recordó los llamantes rayos de la pistola atravesando las paredes improvisadas y los cuerpos que se protegían detrás, y el fuego haciendo presa en la madera seca y los sucios harapos.

Para cuando ella consiguió entrar en algunas de las chozas, un puñado de forajidos ya se había armado y ocupaba posiciones fuera de las estructuras de madera; pero pronto la lucha se desintegró en una mezcla borrosa de armas y cuerpos. Los forajidos eran todos veteranos..., pero, a su manera, lo eran también las mujeres de las casas. Hubo intensos intercambios de disparos por ambas partes; pero, entonces, con su fuerza juvenil aún intacta, ella resultaba un duro rival para cualquier mercenario carente de forma. Además, estaba poseída por una furia que ellos no podían igualar...

Parpadeó, alejando las imágenes de su sueño. Los forajidos ya no existían..., al igual que los Eversill, que habían intentado robarle su tierra, y otros enemigos. Todos habían desaparecido, aunque en su lugar surgieran nuevos adversarios. Escuchó durante un momento más, pero a su alrededor la casa de Fal Morgan permanecía en absoluta calma.

De todas formas, después de un rato se incorporó, quedando durante un segundo bañada por el frío del aire nocturno mientras alargaba el brazo para coger una bata de la silla cercana a la cama. Una fuerte luz lunar, que se filtraba a través de las leves cortinas, le devolvió su fantasma en la forma de una difusa imagen desde el alto espejo del armario. Un fantasma de sesenta años. Un instante antes de que la bata la envolviera, la delgada pero todavía erguida figura del espejo creó la ilusión de un cuerpo joven, aún en plenitud. Salió de la habitación.